

Edmundo Concha

## Pedro Antonio González poeta precursor



A manera más segura de juzgar en forma equivocada a un autor consiste en separarlo de su época". Esta norma, planteada por Taine, el padre de la crítica determinista, sea que haciendo palanca sobre tierra firme cala los valores reales del arte, al margen de aquellas abstracciones metafísicas con las cuales es posible llegar inútilmente tan lejos, a pocos poetas conviene más que a Pedro Antonio González. Y ello, porque la época suya casi nada conserva ya de la nuestra. Entre ambas diríase que en nuestro país las gentes y sus costumbres se han modificado de pie a cabeza.

Pedro Antonio González, que nació en 1863 en Curepto y murió en 1903, en Santiago, vivió una época apacible de la nación. Apacible no porque el país experimentara entonces un período especial de estagnamiento, o de paréntesis histórico, sino sencillamente porque apacible era el ritmo del vivir universal. A la altura en que Pedro Antonio González atravesaba la edad de su plenitud, transcurrían los gobiernos de Balmaceda, Montt y Errázuriz, los cuales, en resumen, y salvo excepciones, se limitaban a realizar una acción burocrática, es decir, de rutina. Las finanzas públicas estaban garantidas en su mayor parte por las minas del salitre, y lo demás eran detalles. La regularidad de

las costumbres permitía que se diera preeminencia a la tradición. El aspecto sentimental primaba, por supuesto, sobre cualquiera otro. Los noviazgos eran largos y aparatosos, los hijos no fumaban delante de sus padres, y la amistad era flor cultivada con cabal hidalguía.

Si ahora, a más de medio siglo de distancia, al leer los versos de Pedro Antonio González encontramos que en ellos sobran un poco los sentimientos y la retórica, es solamente porque los estamos juzgando desde el ángulo actual, desde la cerebral atalaya contemporánea, que es diametralmente opuesta a aquélla. En este lapso ha cambiado no poco, en verdad, el estilo de nuestra vida en general. Hoy, de espaldas a toda forma de romanticismo, rige para la mayoría de la población una moral pragmática, atenta sólo a los rendimientos, un tanto deshumanizada, y que pasa por alto con deportiva frivolidad los valores intrínsecos, esos mismos que antaño se colocaban en primera fila. La culpa, o el mérito, lo tiene justamente la técnica que, con su revolución pacífica, ha modificado con rapidez de milagro la base y la superestructura del cuadro de nuestra vida ciudadana. La electricidad, la aviación, la radio, la producción industrial en serie, el sindicalismo, la prensa, etc., son factores que han modelado un mundo moderno que, si no hace más feliz a la gente, al menos la hace vivir en mejores condiciones materiales.

El sentimentalismo dominante en Pedro Antonio González fué, pues, procedente, legítimo. Además, hay que convenir en que, por mucho que posteriormente se hayan intelectualizado las relaciones humanas, y con ellas la poesía, la raíz de ésta estará siempre enterrada no en la mente sino en el corazón. Pedro Antonio González interpretó fielmente ese sentimentalismo delicuescente que, en una esfera privada, se adhería a los seres y a las cosas. Pero, hombre de su tiempo, interpretó además, y también con fidelidad, los amplios anhelos sociales de la mayoría. Veamos cómo.

Por muy apacible que fuera la vida en general en las últimas décadas del siglo pasado, hay un plano de ella que jamás ha sido tranquilo. Es un plano dinámico e inestable por naturaleza. Nos referimos al de la política. Entonces, como ahora, y seguramente como

mañana, la política era una actividad nerviosa y bullente. Acicates del medio no le faltaban. Precisamente como entonces las clases sociales eran bloques más definidos y no estaban tan emparejados como hoy por la democracia económica, los partidos que interpretaban al pueblo vivían en una zalagarda y grito permanentes. Era una lucha magnífica. Había en ella mucho que ganar o que perder, según fuera la barricada de los interesados. El Partido Radical, fundado en 1863, es decir, de escasos años de vida, bregaba con juveniles bríos por las reivindicaciones populares. Este partido —aún no llegaba por estos lados el socialismo— representaba directamente a las masas desvalidas, aunque muchos sectores de ella no lo supieran en virtud de los opios que para este efecto se les suministraba generosamente. Pedro Antonio González, que además de nacer en cuna humilde, tenía el corazón no sólo para que le circulara la sangre, interpretó doctrinariamente los postulados jacobinos del Partido Radical. Puso su lira al servicio de la orquesta izquierdista. Y en esa orquesta, que muchas veces sonaba en forma destemplada, su instrumento tuvo siempre sonoridades justas, bellas y eficaces. Fué el poeta de los pobres. Fué el trovador de los “humillados y ofendidos”. Sus versos, románticos y libertarios, eran recitados con entusiasmo en los centros obreros y estudiantiles de la época.

Conviene puntualizar aquí cierta dualidad en la poesía de Pedro Antonio González, la cual revela la nobleza de su corazón. Su poesía tuvo dos direcciones. Una negativa y otra optimista. Cuando habla de sí mismo, cuando hace versos introspectivos, cuando es el sujeto de la oración, es melancólico, escéptico, decadente. Como buen romántico, se solaza en su propia soledad y abandono. Dice, por ejemplo, en su poema *Confidencias*: “Con el dolor en perdurable guerra — sin gozar nunca del menor encanto — perdido en el desierto de la tierra — marco mis huellas con acerbo llanto”. En cambio, cuando habla del prójimo, o de la comunidad, su poesía es positivista y canta loas al progreso. Comprende que en el plano colectivo los apóstoles del pesimismo no hacen falta, y entonces deifica a la razón, a la ciencia, a Pasteur, a Martí, a Guillermo Matta, etc. Veamos estos otros versos

suyos, de su poema *Patria*, que son el reverso de aquéllos: “En cada niño como la base — como el cimiento de un nuevo muro — que allá en la tierra sobre que nace — labra la patria para el futuro”.

### POETA DE TRANSICION

Detengámonos ahora en la poética de Pedro Antonio González propiamente, conforme a sus orígenes, a sus peculiaridades y a sus efectos. A la altura en que apareció la voz de Pedro Antonio González en el Parnaso chileno, estaba aún en su apogeo la era del romanticismo. Hacía ya varios lustros que los poetas habían roto las cadenas del neoclasicismo y, libres ya de toda traba, derramaban su “yoísmo”, es decir, su particular temperamento, en todas direcciones: en especial a la hora del crepúsculo. El grito de libertad lo dió definitivamente Víctor Hugo, con esa fe de bautismo del género romántico que fué su obra *Hernani*, y de ahí la influencia pasó al extranjero. Los países sudamericanos la recibieron por intermedio de España, donde Espronceda, Campoamor y Bécquer competían a quien gesticulaba y gemía más. El romanticismo, ya se sabe es una corriente que, si bien es eterna, porque es congénita a ciertos caracteres, tuvo históricamente sus propias fronteras. Fué la suya una parcela llena de flores. Demos una vuelta por ella.

El espíritu del romanticismo, su médula, nace y se desarrolla con ocasión de la Revolución Francesa: los afanes de libertad política de ella son paralelos a los de libertad artística. Se ha dicho con razón que la teoría literaria de los románticos, tumultuosa e iconoclasta, es como una tabla de los Derechos del Hombre, aplicada al arte. Reniega ella, en efecto, de los modelos tradicionales que limitaban la inspiración del escritor y prefiere la búsqueda, dentro de su subjetivismo casi dionisiaco, del estilo propio. Esta actitud egocéntrica, alternada con exaltaciones al misterioso mundo exterior, deja siempre un sedimento de melancolía. De ahí que se le llamara el Mal del Siglo.

Pedro Antonio González no fué un romántico solamente. Fué algo más. Fué un poeta de transición. Como todo cansa, el romanticis-

mo a Pedro Antonio González, pese a la libertad que le concedía en comparación con el neoclasicismo, le resultaba insuficiente. Tal vez una cómoda camisa de fuerza para su estro, pero camisa de fuerza al fin. Por eso, en cuanto al fondo, el autor de *Ritmos* le agregó al romanticismo la preocupación por los temas sociales, de que antes estaba virgen; y en cuanto a la forma, la innovó con la incorporación de una serie de medidas nuevas, que alteraban la cadencia, y con una serie aún mayor de vocablos, antes *tabú*, que empezaron a darle a la poesía un carácter más amplio y versátil. Por haber realizado tales reformas, por haber reaccionado tan oportunamente en contra del adocenamiento académico, a Pedro Antonio González se le considera el padre del modernismo en Chile.

Su faena literaria la realizó Pedro Antonio González con la responsabilidad intelectual que le daba su vasta erudición, y con la probidad que le concedía su linaje de creador auténtico. Era indiferente al aplauso y al público. Escribía para sí. En seguida se olvidaba de las cuartillas. Muchas de ellas cayeron así definitivamente al canasto del olvido, arrojadas por la propia mano que las escribió. Poeta de vocación, poeta a pesar suyo acaso, creador puro, parece que le bastaba el proceso de la creación. Lo otro, lo que tanto interesa a los autores de corta frente, la publicidad, en él lo tenía sin cuidado. No la buscó jamás; fué la publicidad la que lo buscó a él. Amigos impagables, como aquel fraternal Marcial Cabrera Guerra, se tomaron la responsabilidad de recoger muchas veces del suelo los versos de Pedro Antonio González y de darles en seguida la acústica a que por derecho propio se merecían. Sobre todo en comparación a los de los poetas de su tiempo.

En poesía, ni en ninguna otra rama del arte, existe Adán. El arte es un camino que se va haciendo de a poco; es como una ascensión lenta en que los artistas, sin conocerse, se ayudan los unos a los otros. Forman una cadena. De esta suerte, Pedro Antonio González tuvo influencias. Señaladamente de Víctor Hugo, de Espronceda y de Rubén Darío. Del primero, el tono discursivo y tronante; del segundo esa tristeza gris y sin remedio; y del tercero, la novedad y soltura de las

palabras. Pedro Antonio González fué un poeta eminentemente musical, anecdótico y declamatorio. No es exagerado afirmar que poseía una facilidad patológica para rimar. Frente a la mujer —tema eterno y predilecto de los poetas— fué un místico más que un sensual; rara vez, por no decir ninguna, sus versos suben de color. Por lo demás, su poesía no fué puramente subjetiva. No se debatió solamente entre su propia salsa. Supo exaltar la naturaleza, el alba, el mar, los astros, las flores y sobre todo la noche, esa sábana negra que él, noctámbulo impenitente, conocía al revés y al derecho.

### EL HOMBRE Y SUS PROBLEMAS

Visto ya el poeta, pasemos revista ahora al hombre, al ciudadano. Fué rara y compleja la personalidad de Pedro Antonio González. Sus contemporáneos lo juzgaron con algunos adjetivos que a nosotros nos parecen precipitados. Desde luego que no es tarea fácil averiguar con exactitud cómo es una persona, en la cual no cuentan solamente las apariencias de su conducta. La psicología, pese al número ya casi incontable de volúmenes que sobre ella se ha escrito, y a lo mejor por eso mismo, es una de las disciplinas menos avanzadas. Ello débese, en primer lugar, a que resulta sumamente difícil sistematizar datos y comprobaciones que corresponden a piezas nunca iguales. A este respecto, el autor alemán Herman Hesse, en un luminoso arranque de humanista, recalca con gran acierto algo que los psicólogos de afición debieran tener siempre más en cuenta: Dice el novelista aludido: "Cada persona es única, es un fenómeno particular de la naturaleza, que nunca ha existido antes y que nunca más volverá a existir. Cada una de ellas tiene un carácter de absoluta exclusividad. De ahí que, cualquiera que sea su condición social o racial, por el solo hecho de existir merece nuestro respeto y nuestra comprensión".

Esta unicidad, que afecta a todas las personas, tiene una esencial importancia si se trata de un poeta, por ser éste un ser insólito, cuya alma posee facultades que para los demás están vedadas. El poeta vivè siempre en un mundo distinto y distante. Regido por otras leyes,

otras perspectivas y otros colores. Ahí, en secreto vive él en plenitud. Con el oído atento a los silencios y tempestades que lo rodean, para interpretarlos después a su particular amaño. Amasando asuntos vulgares hasta darles sello de originalidad. Esta conducta, legítima y normal dentro de su aparente anormalidad, es la que lo hace aparecer ante los ojos profanos como un diurno sonámbulo. Pedro Antonio González, poeta destacado entre los poetas de su tiempo, fué un melancólico, un huraño, un inadaptado social, un superdiferenciado, un “extranjero” hasta entre sus propios familiares. Su pobreza material fué siempre altiva. Encarnó la dignidad espiritual que no se abate, que no se vende, que no se entrega. Valía y sabía que valía. Por eso jamás se dejó ganar por el halago y el invite mundano. No traficó en la feria de la plaza. El mundo no lo atraía y, para olvidarlo, se entregó a los paraísos artificiales del alcohol. Bien, pero ¿cuál fué el origen de ese divorcio entre él y la gente, cuál fué la raíz de esa crisis que sólo curó la muerte, acaecida en una silenciosa sala de hospital, cuando apenas contaba 40 años? ¿Por qué padeció él ese mal que el novelista Manuel Gálvez denominó “mal metafísico”? He aquí una pregunta pendiente desde hace más de 50 años. Tratemos nosotros, con nuestros reducidos medios, de intentar una pesquisa a este respecto. Si bien Pedro Antonio González fué de origen humilde y jamás tuvo bienes de fortuna, la pobreza suya no fué tanta como para justificar su acusado desencanto, pues hay infinidad de personas que vienen de más abajo y que son de carácter alegre. Tampoco puede haber sido el origen de ella el complejo que crea la limitación cultural en los medios ilustrados, ya que fué hombre erudito que enseñaba en los colegios los ramos de historia, gramática, literatura, filosofía, etc. Descontemos también las fallas físicas, que ninguna tuvo con dimensiones trascendentes. Tampoco fué un desafortunado en amores, pues incluso se casó con una jovencita que lo admiraba y a la cual él no supo tratar. ¿Por qué entonces fué un sempiterno misántropo que miró al mundo y a sus criaturas con hosca mirada?

Sospechamos que el móvil de toda esa crisis sea uno nada escaso en la mayoría de los anacoretas. Consistiría ese móvil —en pocas pa-

labras— en la posesión de *un exceso de esquemas mentales*. Expliquémonos. Por tres etapas distintas y definidas atraviesa la existencia de todo ser humano.

En la infancia el individuo y el medio forman un todo armonioso y estable. Es la etapa de la unidad. No existe todavía ninguna antinomia entre el “yo” y su “circunstancia”, para usar términos orteguianos. El niño no distingue aún lo ajeno de lo propio. Entre ambos elementos se desenvuelve él inocentemente. En esa edad, en suma, individuo y ambiente se confunden. Aún no ha nacido propiamente la personalidad o, en otras palabras, la conciencia de la individualidad.

En la adolescencia y en la juventud el cuadro cambia substancialmente. El sujeto es algo claramente recortado en el fondo del ambiente que lo rodea. Más aún: existe cierta pugna entre el individuo y el mundo. El joven se ha pertrechado de un haz de esquemas mentales—religiosos, políticos, artísticos, etc.— que considera inequívocos, aun cuando las más de las veces no calcen con el perfil de la realidad. Es la etapa del idealismo ardiente y de la exaltación romántica del yo. Entonces se es revolucionario.

La tercera fase transcurre en la madurez y en la ancianidad. A esa altura, con el fragor de las luchas juveniles, se han disuelto ya los esquemas mentales y el hombre maneja ideas que calzan pacíficamente con los valores de la naturaleza. El sujeto sabe, gracias a una experiencia más vital que libresca, que la sociedad humana es menos modificable de lo que él creía antaño. En filosofía se torna escéptico y en política se hace realista.

Esta es la interpretación. Es decir, es posible que Pedro Antonio González, por un idealismo soterrado, por un exceso de espíritu, era poeta al fin, no se hubiera podido sacudir oportunamente de los esquemas juveniles, esos que hizo suyos con ocasión de sus copiosas lecturas, y los haya mantenido en vigencia en ese período de la vida en que irremediabilmente ya no calzan del todo. Y de ahí esa melancolía suya que, por lo demás, careció de causas visibles para ser constante al extremo de constituir la característica representativa de su personalidad.



Pedro Antonio González, el bardo en cuestión, fué uno de esos hombres extraños que nacen a lo lejos y que, hitos señeros de un género literario, sobreviven a la entrega de su mero ropaje material. Prueba de ello es que, a más de 50 años de su muerte, todavía se le lee y se le estudia. Fué el precursor del modernismo literario en Chile. Porque —en suma— ese es su mérito principal. La poesía, ya lo dijimos, no está formada por piezas independientes. Es ella una e interminable. El poeta de hoy, por muy original que parezca, no sería posible sin el poeta de ayer. La obra de Pedro Antonio González, con todo lo anacrónica que hoy resulta a las nuevas generaciones, constituye uno de esos pilares indispensables que a lo lejos sostienen el coraje vibrante e ininterrumpido de la poesía. Además de sus méritos intrínsecos, tiene un innegable valor histórico: puso ella la primera partícula del caos actual, representativo del mundo sin brújula en que nos debatimos. Vale decir, sin la existencia de obras como la de Pedro Antonio González en Chile, hoy no serían posibles nuestros poetas más sobresalientes.